

TRES POEMAS

MUJER DORMIDA

VERLA DORMIR ¡Dios mío! aun al precio
de no verla en mis sueños — es una
gracia increíble, no esperada. Porque
tampoco pedí verla dormir.

De día
ilumina la casa con su risa, sus ojos
dicen: ésta es la vida, ésta mi casa,
ésta mi risa y soy tuya; pero verla
dormir encarnando la noche, oírla
¡con qué seguridad! respirar,
entre monosílabos entrecortados
responder a mis interrogaciones
sobre el futuro, o decir: “Hijo mío”,
no sé si a mí o al que ha de venir,
es una dicha impagable. Así me sorprende
el alba, besando sus ojos humedecidos.

ESPERA DE LA CRIATURA

CON QUÉ AFÁN golpea el vientre sordo, a media noche, trabajosa-
mente dormido, sin saberse ya humano por el tesón o sólo animal
que quiere salir a mejor vida ignorante de que ha sido forjado en
minuto casual de no esferas previstas — y que por el contrario apenas
hecho ya está todo previsto. No podrá elegir ni la cuchara — y el
solo sometimiento es premio de seguridad. Querrá un poco de enten-
dimiento — ¡mientras él lo tenga, como todo, de nosotros mismos!
lo tendrá. Clemencia y benignidad — todo lo que es orgullo y osten-
tación, pero dirigido por corriente de afectuosa solicitud: destino
alzado en unas cuantas gotas, unos lunares que ya tuvieron mis abue-
los, una mirada penetrante como caricia, una mano hábil para el amor
y la letra, o la confusión de mis rasgos con mi espejo viviente.

VILLANCICO

FUEGO y música de Brahms,
tiempo de morir y renacer,
Navidad, Año Nuevo por venir,
la mujer, el hijo — amanecer

otra vez y despertar,
dar las gracias a Quién
y respirar amén vivir
mientras al fuego perecer.

Música, fuego animal,
respiración de mi hogar —
consumir el tiempo al par

que vivir el hoy de ayer
y el hoy del anochecer —
el hombre, el hijo, la mujer.

ERNESTO

MEJIA

SANCHEZ